

Cuento de Semana Santa

Marta abre los ojos perezosamente. Tenues rayos de luz entran por las rendijas de la persiana. No hay prisa por levantarse: es domingo. Pero hoy no es un día cualquiera, es Domingo de Ramos y algo especial se mueve en el ambiente: empieza la Semana Santa. En realidad, después de veinte semanas santas, tampoco es que esté muy ilusionada.

Se da la vuelta cuando su padre abre la puerta y le da los buenos días; Marta le sonríe con cariño, e incapaz de levantarse, se envuelve en la acogedora brazada y no tarda ni un segundo en quedar, de nuevo, completamente dormida.

Domingo de Ramos, 2008

Como todos los días el padre de Marta entra a su habitación para despertarla; ella abrió sus pequeños ojos admirando como el rostro de su padre se iluminaba por los rayos del sol.

Era para ellos rutina el ir todos los domingos a la cafetería de enfrente de su casa para tomarse un cacao mientras su padre leía el periódico; cuando entraron, Maite, la camarera, los recibió con su gran y espléndida sonrisa. " Ya es Domingo de Ramos "

Al terminar, y ya con su madre y su hermanito pequeño, se dirigen a la parroquia para asistir a la bendición de Ramos. Orgullosa, lleva su pequeña rama de olivo y camino a casa de sus abuelos, su padre le explica que por la tarde saldrían todos juntos a ver las procesiones de la Burrita y la Sagrada Cena.

Tras la comida, José, su abuelo, le pidió que comenzara a prepararse para salir; comenzó a vestirse con su nuevo atrezo, se puso sus zapatos y se peinó llena de ilusión como cualquier niño loco por recibir caramelos. La procesión había comenzado, a lo lejos se escuchaban los tambores y cornetas que anunciaban la llegada de las majestuosas imágenes.

Marta estaba quieta y un poco asustada, agarrada de la mano de su padre, cuando de repente se le acercó un nazareno ofreciéndole un caramelo un tanto extraño para ella: tenía un envoltorio blanco con una imagen de una mujer en color azul. Ante la mirada extrañada de Marta, le explicó su madre: "Mira, Marta, la Mártir Santa Eulalia, nuestra patrona", Marta abrió el envoltorio y degustó el caramelo, una delicia de azúcar y esencia de limón . Sin darse cuenta extendió la mano diciendo:" Nazareno, dame un caramelo."

Así empezó una semana muy movida, ¡vaya trajín!, de Santa María a San José y de San José hasta Santa María, y después a El Calvario y a San Juan y a Santa Eulalia y a Los Milagros...; y al día siguiente, La paz, Las Sindicales, Santa Eulalia otra vez y de allí a El calvario para ver el descendimiento; y de nuevo Santa Eulalia y El Calvario y asistir al Triduo Pascual, y otra vez Santa Eulalia en la procesión de la Resurrección...(suspiro...). Un no parar.

Durante toda la semana las calles están plagadas de gente, llenas de envoltorios de caramelos... Marta siente que está sucediendo algo especial: ella es pequeña, pero admira la hermosura de los pasos de Cristo y de Virgen y, en un ambiente de fe y solidaridad, su familia le explica y resuelve sus dudas; poco a poco, su corazón de niña reconoce y se acerca a Jesús.

Un ruido de tambor llega desde la calle y Marta, despierta al fin, se incorpora instintivamente. Levanta los brazos y examina su cuerpo asombrada: ya no tiene ocho años. Se pregunta qué hacer este domingo. No le apetece salir y encontrarse con las procesiones, cada vez lo entiende menos...

Se tapa los ojos con las manos, y poco a poco, sin darse cuenta, se va adormilando. Se siente cansada antes de empezar la semana.

Domingo de Ramos, 2019

Es media tarde. Está aburrida en casa. Marta decide salir a dar una vuelta, a ver si encuentra a alguien conocido.

- *Marta, ¿eres tú?*

Genial, piensa ella, ahora me habla un tío con un cucuricho en la cabeza...

- *¡Cuánto tiempo! Espera, que me quito el capirote y creo que así sabrás quién soy.*

Vaya, Marco el de las Josefinas, ... No lo veía desde que nos graduamos en 4º de la ESO, se dice a sí misma.

- *¿Qué tal? ¿Qué estás haciendo aquí metido?, le pregunta displicente.*
- *Pues mira, desde que tengo uso de razón llevo saliendo por las calles de Mérida todos los Domingos de Ramos con mi cofradía.*
- *Vaya... Y, ¿por qué no quedamos mañana?*
- *¿Mañana? ¿tú sabes qué día es? Lo siento, un Lunes Santo es imposible: salgo con el Cristo de Medinaceli.*
- *¡Vaya tostón! Entonces, ¿el martes puedes?*
- *¡Tampoco! Ese día me gusta ver la salida del Cristo de San Juan y la entrada del Calvario. ¿Por qué no me acompañas?*
- *¿Yo? Yo paso de todo eso. Y si me dices tú cuándo estás libre, ¿no sería mejor?*
- *Toda esta semana lo tengo complicado. Me gustaría ver todos y cada uno de los pasos. Te puede parecer raro e incluso sonar como una ida de olla, pero los sentimientos que me transmiten son tan profundos, que incluso me resulta insuficiente. Y por eso cada año asisto a los oficios del jueves y Viernes Santo y a la Vigilia Pascual.*

- *Pues yo no lo comprendo. - Insistió Marta bastante enfadada. No me creo todas esas historias. Pienso que estas personas que están siguiendo a una imagen de madera, pierden el tiempo. ¡Con lo bien que se está en casa o con los amigos!*
- *Los que están debajo de ese paso son mis amigos. Y los componentes de la banda de música también. -Argumenta Marco.*
- *La Semana Santa solo provoca fastidios: calles cortadas, aparcamientos prohibidos, manchas de cera en el suelo, suciedad, ruido... ¡Así no se puede vivir!*
 - *Responde Marta indignada.*
- *Eso son efectos secundarios. - Intenta explicar Marco-Lo realmente importante es que las procesiones nos ayudan a revivir la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Si te esforzarás un poco, sin duda recordarías lo que viviste de pequeña con tus padres y abuelos. Yo siempre lo tengo presente y vivo esta semana como una oportunidad para profundizar en mi fe, para conocer mejor a Jesús ya que no concibo la vida sin Él.*
- *Eso son paparruchas. ¿Tú crees que Jesús hace que el mundo sea mejor? Jesús no hace falta. Estás totalmente anticuado. – Responde Marta muy airada- ¡Prefiero no quedar contigo! Ojalá no te hubiera visto!*
- *Bueno, Marta, como tú quieras. Espero que por lo menos seas capaz de respetarnos.*

El cálido compás de la voz de su padre, le recuerda que debe levantarse para aprovechar la mañana. El sueño le ha dejado cierta sensación de inquietud y malestar que no sabe definir muy bien: ¿está decepcionada o enfadada? No ha sido un sueño agradable: mejor olvidarlo y no darle más vueltas. Decidida a hacer algo productivo, comienza a clasificar sus apuntes de tercer curso de Periodismo, los exámenes se acercan. Concentrada en su tarea, no escucha la llegada de sus abuelos. Como cada Domingo de Ramos, la familia de Marta ha asistido a la bendición de las palmas y olivos y una nueva rama preside ya el salón de su casa. Ella está de vuelta de todo eso.

Tras la comida y una amplia sobremesa, toda la familia se marcha junta para poder ver las procesiones de la Burrita y la Cena. Toda la familia, menos Marta, que escéptica, prefiere quedarse echada en el sofá.

Domingo de Ramos, 2040

El ruido del teléfono despierta a Marta. En la pequeña pantalla aparece su jefa: debe hacer un reportaje sobre la Semana Santa de 2040, o, mejor dicho, sobre la ausencia de Semana Santa. Se dispone a cumplir con lo que se le pide: es una experta periodista con casi veinte años de exitosa carrera profesional. Como vive sola, tarda poco en organizarse. De camino al canal de televisión en el que trabaja desde que terminó sus estudios, percibe que realmente no hay

ambiente: todo parece gris, la ciudad ha perdido su esencia. No hay colgaduras en los balcones, ni cera en la calle: parece faltar hasta el olor a azahar...

Con sorpresa descubre, en sus tareas de documentación, que la última procesión se celebró en abril de 2034, justo seis años atrás. Decide acercarse a la Basílica de Santa Eulalia: quiere comprobar con sus ojos lo que ha visto en la hemeroteca.

Al bajar la Rambla va cruzándose con multitud de personas: todas caminan de prisa, sin ni siquiera mirarse, enfrascadas en sus preocupaciones y negocios a través de sus gafas de realidad virtual. Nadie habla, solo se escucha el ruido de los presurosos pasos. De repente, alguien choca contra ella y casi la hace caer. En vano, espera una disculpa. Una persona desvalida está pidiendo ayuda, y no es socorrido. Hay empujones para cruzar la calle: un niño llora, parece solo. Nadie escucha, nadie lo consuela. ¿Un mundo sordo?

Marta, que hoy no lleva sus gafas, se pregunta si con tanta tecnología, con tanto mundo global, el hombre ha dejado de verse y de atender al prójimo. Las gafas que provocan ceguera. Y vacío, que es lo que ella está sintiendo.

Al doblar la esquina, espera encontrar la tradicional carpa en el atrio de la parroquia de su infancia. Pero no hay nada; todo tiene ese color grisáceo, oscuro y melancólico. En la sacristía, bastante desconcertada, pregunta al padre Gabriel qué ha ocurrido con la Semana Santa. Un poco entristecido le responde que se ha perdido el sentido y que la gente había dejado de involucrarse. La llegada de la tecnología y de la modernidad parece haber despistado al hombre, que ha creído que no necesita encontrarse con Dios. La Semana Santa ya no se vivía como un puente, como una ayuda para acercarnos a Él, para conocerlo, para seguir su camino, para vivir con bondad y generosidad.

Marta se despide: siente frío. ¿Habrá marcha atrás? El mundo está perdido y ella...también.

Marta despierta confundida, como de una pesadilla. Se incorpora: ya no sabe si está a favor o en contra de la Semana Santa. La sensación de profundo vacío que ha vivido en el sueño, la ha hecho hacerse nuevos planteamientos. ¿Alejarse definitivamente o volver? Tiene un ligero dolor de cabeza; todo el día en casa la tiene harta, así que decide salir a dar un paseo... Intenta entre el gentío encontrar a su familia, pero es imposible: toda Mérida parece estar en la calle. Siente que alguien se le acerca y le da un toque en la espalda. Se da la vuelta sin saber quién es.

- “*Marta, ¿eres tú? ¡Cuánto tiempo! Espera, que me quito el capirote y creo que así sabrás quién soy.*”

Vaya, Marco el de las Josefinas, ... No lo veía desde que nos graduamos en 4º de la ESO, se dice a sí misma. “

Asombrada, siente que esta conversación le suena, como si ya la hubiera tenido. Saluda con alegría a su antiguo compañero. Este le explica que sigue participando activamente en las procesiones de su cofradía.

- Marta, ¿te apetece quedar un día de estos para ver procesiones? – pregunta Marco-
¿Quedamos el miércoles para el encuentro?

Marta, en un torbellino de recuerdos y posibilidades de futuro, tiene que elegir. Sonríe a Marco y, sin saberlo, sonríe al futuro.

- Claro, Marco, por supuesto- contesta.

Suspira aliviada: ha reconocido su deseo de revivir sentimientos y de dar sentido a su vida. Está decidida a encontrar el camino. No quiere vivir en un mundo ciego y sordo.

A lo lejos distingue la cabeza de su padre. Se siente alegre de una manera especial.

Ahora está dispuesta a aprovechar el puente, a recorrerlo junto a los suyos. Desea conocer a Jesús.

Cuidemos y apoyemos lo que nos ayuda, por Marta y para todas las Martas del mundo.

Así sea siempre. Amén